

Una contribución para la comprensión del nacimiento del representacionalismo

SANTIAGO GELONCH VILLARINO

Resumen: El debate acerca del significado y del fin de la Ciencia se ha desarrollado recientemente en el ámbito de la Filosofía de la Ciencia. Uno de los temas más discutidos es la interpretación del representacionalismo en la concepción clásica de la ciencia (p. e., Rorty y Putnam). Las posibilidades de superar el representaciones dependes de su comprensión. En este trabajo se considera un aspecto del representacionalismo modernos: el modo de explicar la ciencia introducido por aristotélicos y tomistas en la Segunda Escolástica (XV – XVI), con especial mención de Cayetano. Este modo está presenta en el origen del representacionalismo.

Palabras Clave: Epistemología – Ciencia –Pragmatismo – Representacionalismo – Tomás de Aquino – Cayetano

Abstract: The debate about the meaning and scope of Science has been recently growing in the field of the Philosophy of Science. One of the most discused topics is the interpretation of representationism in the classical conceptions of science (e.g., Rorty and Putnam). The possibilities of overcoming representationism depend on it's understanding. In this paper a scarcely considered aspect of modern representationism is shown, i.e., the way of explaining science introduced by Aristotelians and Thomist of the Second Scholasticism (XV and XVI) –special mention to Cayetano. This way is present at the origin of representationism.

Key words: Epistemology – Science – Pragmatism – Representationism – Thomas Aquinas - Cayetano

Con este trabajo¹, quisiera proponer algunas líneas de un horizonte de comprensión de la actual situación tanto de la Ciencia cuanto de la Filosofía de la Ciencia que, me parece, encierra poderosas, aunque difíciles, promesas de desarrollo a futuro.

Para esto, me propongo, en primer lugar, reseñar un problema actual: la detección de que muchos –si no todos- los problemas de la epistemología radican en su base representacionista. Sin embargo, creo que para superar un equívoco tan multifacético y extendido en el tiempo como el representacionismo es necesario todavía un mayor esfuerzo de profundización en sus raíces. Sólo así podremos evitar caer en alguna otra forma suya. En pos de esto, a continuación, procuraré mostrar que la cuestión por la verdad y el conocimiento científico es distinta del problema por la objetividad de la ciencia, toda vez que en la antesala de la modernidad se da una fundamental mutación en la causa de la ciencia. Así, procuraré comparar las doctrinas de algunos autores que, incluso al día de hoy, se creen idénticas. Espero que a través de dicha comparación, se perciba la fundamental diferencia que existe entre ellas.

Es innegable que la Filosofía de la Ciencia y/o la Epistemología han sufrido una profunda transformación en los últimos treinta años. Por un lado, parece demasiado obvio que las ciencias, por propia virtud, no garantizan necesariamente el progreso y desarrollo humano; al menos, en un sentido global e integral. Por otro, los mismos esfuerzos por entender estos problemas y analizar sus causas, encuentran innumerables dificultades respecto de determinar los *loci* especulativos desde donde mirar, entender y juzgar la presente y multifacética problemática. En definitiva, la ciencia puede servir igualmente para construir un mundo maravilloso y para destruirlo. Y la Filosofía de la ciencia está abocada casi únicamente a reconstruir o justificar *a posteriori* por qué la ciencia es ciencia –cuando no perdida en un academicismo auto justificante-, careciendo de aquel poder prescriptivo y definitorio que, para bien o para mal, tuvo en sus comienzos –por ejemplo, el Círculo de Viena y su pretensión de afirmar el verdadero conocimiento frente al sinsentido de la

metafísica. Problemas tales como el de la verdad en la ciencia y su neta diferenciación con la falsedad, o la demarcación entre ciencia y no ciencia han perdido su sustancial importancia.

En varias de las explicaciones, y consiguientes propuestas actuales, que, a mi juicio, procuran comprender de modo más omniabarcante y completo la raíz de las contradicciones que desembocan en el agotamiento especulativo de la Epistemología y Filosofía de la Ciencia, se intenta explícitamente una superación del representacionalismo o representacionismo. Así, por ejemplo, pensadores tan dispares, y enfrentados entre sí, como Hilary Putnam y Richard Rorty procuran proponer un “pragmatismo” que evite, por su mismo planteo, las falsas aporías, dicotomías y dificultades en general que se presentan a la inteligencia en su intento de “tender un puente en el abismo que la figuración cartesiana, representacionalista del conocimiento y las investigaciones, nos hizo creer que existe”²

Como atinadamente señala Nubiola, si bien Lovejoy en 1908 había identificado ya 13 pragmatismos distintos, “es posible descubrir un aire de familia entre todos ellos”³ y posteriores versiones. Parte integrante de ese ‘aire de familia’ es el “anticartesianismo”, “rechazo frontal de la epistemología moderna y de sus dualismos simplistas que han distorsionado nuestra manera de comprender los problemas humanos: sujeto/objeto, razón/sensibilidad, teoría/práctica, hechos/valores, humano/divino, individuo/sociedad, yo/otros”⁴.

Ahora bien, de cómo se entienda exactamente el representacionalismo, de cómo se explicita en su misma esencia, dependerán evidentemente las maneras en que se intenta superar. Las diferencias en los “pragmatismos” de los autores citados resultan elocuentes al respecto⁵. Anticartesianismo, representacionismo o epistemología moderna son expresiones tan amplias que exigen un vasto esfuerzo descriptivo y comprensivo en orden a determinar qué es exactamente lo que se quiere superar y cuáles fueron sus causas o condiciones. De otro modo, podría ocurrir que sean caracterizadas de un modo demasiado caricaturesco que, por lo mismo, no deje entrever las raíces que se debieran

discutir.

Siguiendo descripciones habituales, puede decirse que el representacionalismo, el concebir al conocimiento como representación interna de la realidad implica que éste sea ‘algo’, un ‘otro’ respecto de la realidad, un ‘realidad interna’ (o ‘mental’ o ‘intelectual’), como un dibujo o fotografía suya que, a continuación, es necesario de evaluar en su ser fiel o verdadero; es decir, en su ser adecuado al mundo⁶ –que, entonces, es visto como ‘exterior’⁷. De este modo, la tarea de la Epistemología –en sus versiones más antiguas o más recientes- y la filosofía de la ciencia –especialmente en el siglo XX- consiste en suponer, explicar, proponer o demostrar cómo y por qué el conocimiento y la ciencia son verdaderos –o, en algunos autores, en fracasar en este intento. Es decir, tender un puente en el abismo que se mencionó recién –o constatar su imposibilidad.

Posiblemente, autores frecuentemente citados como Locke⁸ o Descartes⁹ son verdaderos adalides de esta cosmovisión. Sin embargo, cabe preguntarse cómo es que ambos –y muchos más filósofos- llegaron a pensar que las ideas, o algunas de ellas en particular, podían constituir, por ellas mismas o por el modo en que se lograban, una garantía y eficaz fundamento para la verdad del conocimiento. Y este estudio se encuadra dentro del esfuerzo de comprensión de las causas de la modernidad, el representacionalismo y la Epistemología. En particular, sacando a luz algunos de sus elementos iniciales que, hasta ahora, no parecen haber sido puestos en discusión.

El punto que quisiera ilustrar –uno de entre muchos otros, pero no secundario- es el cambio de perspectiva y de interpretación acerca del origen y fundamento de la ciencia que se da en el inicio de la modernidad. Y para eso, expondré una parte de esta no siempre percibida o valorada revolución, que puede resultar particularmente problemática: es la que se da en la tradición tomista, en concreto, entre el mismo Tomás de Aquino y sus grandes Comentadores de los s. XIV a XVII, principalmente, Tomás de Vio Cayetano. Estos grandes pensadores han sido tenidos hasta no hace muchos años como discípulos espe-

cialmente fieles de Tomás y, por lo mismo y de hecho, se han considerado fuentes. Recién hace poco más de cincuenta años se han levantado voces manifestando diferencias suyas respecto de su maestro. Ahora me detendré en algunos aspectos del modo de explicar porqué la filosofía teórica se divide en tres grandes géneros: físico, matemático y metafísico.

Hasta hace muy poco tiempo, se ha creído que la doctrina de los tres grados de abstracción formal, explicación de la triple división de la ciencia especulativa, era aristotélica y tomista. Esta convicción estaba tan arraigada que no parecía obstáculo el que no existieran textos originales que la avalaran. Empero, en la literatura especializada de los últimos años va imponiéndose la necesidad de distinguir a Tomás de Aquino de sus Comentadores, adscribiendo la autoría de la abstracción formal a Cayetano¹⁰. Y por eso es necesario distinguir la explicación de la triple división de la ciencia especulativa y la doctrina de los grados de abstracción formal.

Las afirmaciones clásicas, y con raíces ya en Platón, de que “la ciencia se especifica por su objeto” y de que “objeto es la cosa en cuanto entendida” (o en cuanto término del acto de entender) poseen, así, una doble interpretación. La antigua –aristotélica y tomista– según la que esto se explica por la constitución de la realidad, o sea, por los grados y principios de ser. Y la que se encuentra en Cayetano, según la que esto es cuestión de lógica en cuanto depende de los actos de la inteligencia y sus modos de consideración.

Sintéticamente presentada, la necesidad de explicar por qué y cómo la filosofía se divide en tres grandes –y últimos– géneros, se plantea a raíz de la, al menos en apariencia, no perfecta coincidencia entre ser ente o sustancia y objeto de ciencia. Esto es, si una ciencia o filosofía se da a partir de su objeto, y el objeto es la misma cosa ya que aquel principio ‘por el que es’ es, también, por el que es conocida, la conclusión es que toda la ciencia se divide en tantas partes cuantos entes. O, si se quiere reducir todos los principios de ser al ser sustancia y éste a sus modos últimos, se llega a los dos grandes géneros supremos:

sustancias materiales y sustancias inmateriales. De ser esto así, pareciera necesario concluir que, entonces, la filosofía debería subdividirse en dos –y no tres- géneros últimos: la ciencia de aquellas cosas que dependen de la materia según el ser y la de aquellas realidades que no dependen de la materia en absoluto.

La explicación tomista más desarrollada, en polémica con Platón, los platónicos e, indirectamente, con los teólogos de cuño platónico de su época, se encuentra en los 4 artículos de la Cuestión V del Comentario al *de trinitate* de Boecio. En el primer artículo, Tomás afirma resueltamente que la división de la filosofía es triple porque son tres los objetos –*res*- según aquello por lo que son especulables. En los siguientes, muestra por qué es posible una ciencia –física- cuyos objetos sean en la materia –artículo 1-, cómo es posible que la matemática sea distinta de la física –sus objetos no contienen materia sensible- siendo, también, de seres que dependen de la materia según el ser. Y, en el artículo último, cómo habiendo seres inmateriales, la ciencia divina, teología, filosofía primera o metafísica, versa sobre ellos.

Ahora bien, lo relevante del caso es que en todas esas explicaciones, el Aquinate acude a la composición del ente –básicamente, de la sustancia sensible- para explicar cómo es posible que un mismo subsistente corpóreo origine dos géneros de ciencia: físico y matemático¹¹. En concreto, si lo físico se define sin materia individual es por la prioridad ontológica de la naturaleza sobre las partes materiales. Y lo matemático se conoce sin las características sensible por la prioridad de la cantidad sobre las cualidades sensibles. Y el principio causal “anterior” puede ser considerado sin lo “posterior”.

El ente metafísico no requiere explicación pues siendo realmente independiente de la materia resulta inteligible por sí. En definitiva, puesto que observando todos los seres, inmateriales y materiales, simples y compuestos, se encuentran tres luces inteligibles irreductibles entre sí, triple será la división de la filosofía.

Por contraste, Cayetano¹² explica esto por los tres grados de

abstracción formal. Una vez conocido el ente concreto sensible a través de una abstracción desde lo sensible por parte del intelecto agente, el intelecto posible considera un aspecto u otro de lo abstraído según una doble modalidad: por abstracción total o formal¹³. En el segundo caso –el que nos interesa- considerando en la especie abstraída lo que hay de más formal y prescindiendo de lo más material: la materia individual, en lo físico; la materia sensible, en lo matemático; y toda materia, en lo metafísico. Y por si pudiera pensarse que esta prescindencia es de principios materiales respecto a la forma sustancial, Cayetano aclara que unas son las propiedades de la cosa en cuanto cosa y otra en cuanto objeto. En cuanto cosa, a una sustancia sensible le compete ser una en especie (o gato o perro), pero en cuanto objeto le compete ser triple en sus grados de prescindencia de la materia. Abre y posibilita tres modos de ser *subjectum* de predicación. Y “la especificación de las ciencias no debe tratarse desde la unidad o diversidad del objeto *in esse rei*, sino *in esse objecti*, o sea no en el objeto entitativa y materialmente considerado en sí, sino en cuanto conduce y se proporciona a tal hábito o potencia”¹⁴. Es decir, el objeto, uno en cuanto cosa, es triple en su originar modos *subjecti*: abstracción formal mediante, se dan tres grados inteligibles objetivos. El grado inteligible propio de cada ciencia, “razón formal del objeto en cuanto objeto o *lumen sub qua* es la inmaterialidad” objetiva, o sea, “tal modo de abstraer y definir”¹⁵.

En definitiva –y es lógico que así sea, dado que lo hace polemizando con el escotismo acerca de qué es lo primero conocido- con la abstracción formal y sus grados, Cayetano está respondiendo a la cuestión de cómo es posible que a partir de un ente concreto –por caso, un árbol- se tengan tres perspectivas científicas irreductibles entre sí. Y de esta manera está dando la causa, al menos próxima, del por qué la ciencia se divide en tres: los modos de abstraer de la inteligencia humana.

Espero haber logrado mostrar con esta prieta síntesis hasta qué punto los tomistas de la segunda escolástica se separan de Santo Tomás en un tema importante. La explicación metafísica

del origen de las ciencias es reemplazada por una nueva perspectiva lógica que, si bien no contradice explícitamente la anterior al menos la oculta. Que la tarea de fundamentar la cientificidad de la ciencia pase de la filosofía primera o metafísica a la lógica no pareciera ser cuestión menor. Y constituye un paso evidente en los planteos representacionistas mencionados al principio.

Dos breves comentarios para terminar. El primero es que soy consciente de que cada afirmación de las anteriores merece un tratamiento mucho más pormenorizado. Y, en muchos sentidos, estudios que aún están por hacer. Aquí y ahora, sólo quería plantear la problemática que, ya por sí sola, puede resultar inusual.

El segundo es que he soslayado un punto importante y últimamente bastante tratado, y a partir de cual se me haría una obvia objeción. Propiamente, todas estas disquisiciones de Cayetano y demás tomistas de la segunda escolástica no son ontológicas ni, siquiera, psicológicas. El ámbito objetivo es lógico —en sus tratados consta— y a ninguno de ellos se le ocurriría que lo lógico fuera fundamentativo —como sí lo ha pretendido la filosofía del lenguaje y de la ciencia positivista. Añádase a esto la distinción entre concepto formal y concepto instrumental y consiguientemente toda la temática de la intencionalidad¹⁶, y se verá que no se puede afirmar que estos autores sean representacionistas.

A pesar de que cabría discutir algunos aspectos de esas afirmaciones, he de decir que concedo en su literalidad la verdad de la objeción. Ciertamente no pretendo afirmar que en estos planteamientos acerca de la ciencia ya esté presente el representacionismo, la modernidad o el planteo epistemológico, al menos en sus formas maduras. Las nociones de concepto formal objetivo y la intencionalidad no pueden, sin malentenderse, ser vistas como representaciones internas del sujeto.

Sin embargo, por esto mismo, la cuestión se torna más interesante, y un hito en la problemática de la historia de la representación. Precisamente ante la evidencia de esas afirmaciones, cabría preguntarse por qué ellas se juzgan relevantes para explicar la cientificidad de la ciencia. Si realmente la causa de la ciencia es el ser o los entes, todas esas cuestiones no responden

al por qué del conocimiento sino al intento de explicar cómo conoce el hombre. Y no con ánimo de justificar al conocimiento sino, más bien, de saber qué es ese ser transido de logos que es el hombre.

En conclusión, el que la pregunta por cómo conoce el hombre deje de preguntar por el hombre, y su sentido se comience a trasladar hacia una explicación de la ciencia en sí, es algo sobre lo que me parece no hemos meditado aún suficientemente.

NOTAS

¹ Este trabajo fue presentado en el II Congreso Internacional Extraordinario de Filosofía, San Juan, Argentina, 9-12 de Julio de 2007.

² Richard Rorty, *El giro lingüístico*, Paidós, Barcelona-Buenos Aires-México, 1990, p. 166.

³ Jaime Nubiola, “Pragmatismo y Relativismo: C. S. Peirce y R. Rorty”, en *Pragmatismo y nihilismo. Claves para la comprensión de la sociedad actual*, Paula Lizarraga y Raquel Lázaro eds., Cuadernos de Anuario Filosófico 149, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, 2002, p. 77.

⁴ Ibidem.

⁵ Cfr. Hilary Putnam, *El desplome de la dicotomía hecho-valor y otros ensayos*, Paidós ibérica, Barcelona, 2004.

⁶ Resulta especialmente esclarecedora y sintética la caracterización del ‘lenguaje-conocimiento’ como ‘medio’ que realiza Rorty en *Contingencia, ironía y solidaridad*, Paidós, Barcelona, 1992, esp. p. 30 y ss.

⁷ “Lo propio de la modernidad es el intento de que la cosa aparezca ante nosotros precisamente tal como se encuentra ella ante nosotros, es decir, tal como se representa”, escribe lúcidamente A. Llano, *El enigma de la representación*, Síntesis, Madrid, 1999, p. 29.

⁸ Cfr. Rorty, R., *La Filosofía y el Espejo de la Naturaleza*, Cátedra, Madrid, 1983, esp. p. 134 y ss.

- ⁹ Llano dedica un capítulo de su obra *El enigma...* a lo que llama “El representacionismo racionalista” y otro a “El representacionismo empirista”. Op. cit., cap. 11 y 12.
- ¹⁰ Para estas cuestiones se puede ver mi estudio *Separatio y Objeto de la Metafísica en Tomás de Aquino*, EUNSA, Pamplona, 2002, esp. la primera parte.
- ¹¹ Éste es el asunto del debatido a 3 Q V del *Super boetium de trinitate*, Les Éditions du Cerf, Paris, 1992.
- ¹² Principalmente en la Cuestión única del Proemio, vid. *Comentaria Thomae de Vio, Caietani, in De ente et essentia D. Thomae Aquinatis*, edición H. Laurent, Marietti, Roma, 1934.
- ¹³ Ha de evitarse entender estas abstracciones de los dos intelectos como continuas: no son ‘sucesivas’ dado que no se dan en la misma línea. Empero, la del intelecto paciente, siendo en todo diversa a la del intelecto agente, sí que la supone como condición previa: es considerativa y va de lo inteligible a lo inteligible.
- ¹⁴ Joannis a Sancto Thoma, O.P., *Ars Logica seu de Forma et Materia Ratiocinandi*, (Tomo I del *Cursus Philosophicus Thomisticus*, Nova editio a P. Beato Reiser, O.S.B., II reimpressio emendata, Marietti, Torino, 1948), II pars Q XXVII a 1, p. 818 b 34 a 41.
- ¹⁵ *Comentaria in Summam Theologiae, I Q I a 3, card. Caietani*, p. 12 n° III.
- ¹⁶ Ése es la intención de A. Llano, *El enigma de...*, o.c. Vid. esp. la distinción entre signo formal e instrumental y la naturaleza intencional del primero en pp. 131 y ss., esp. 134 a 138.

El Autor es Profesor Titular de Epistemología en la Universidad Nacional de Cuyo.

E-mail: sgelonch@logos.uncu.edu.ar

Recibido: 14 de marzo de 2008.

Aceptado para su publicación: 10 de junio de 2008.